

Metamorfosis

I

Veo mis ropas que yacen en el piso como una oscura piel deshabitada, como la trama equívoca que me acosa, como la envoltura de las sucesivas personas que fui o incluso, de aquellas que hubiera deseado ser y no he sido; o de aquellas que he sido, sin haberlas deseado ser o incluso, de las que he deseado ser y he sido, las más crueles, las atroces testigos de mi dolor, las señoras de mi nostalgia. Estas mujeres –por llamarlas de algún modo– habitan mi ropero como una maraña gesticulante que me acosa por las noches. Sus perfumes urden un secreto, la única memoria fiel de lo que no ceso de olvidar.

II

Algunos vestidos murieron en una noche. Sus arrugas conforman el marco de una escena que retorna. Entre sus pliegues hay roces que aguardan aún húmedos el amor que no fue, sonrisas apenas embriagadas que sospechan su inminente decepción, caricias que todavía esperan un porvenir ya enterrado, persistentes y dulces como las manchas de chocolate que acaso configuren su curioso ornamento. Otras ropas han quedado prendadas de su contenido y, aun colgadas en mi antiguo ropero, mantienen la forma del cuerpo que fui, algunas arrugas señalan el florecer voluptuoso de mi anatomía o el desenfado de mis codos acostumbrados a marcarse fuerte sobre el escritorio. Fragmentos del cuerpo olvidado y que apenas puedo entrever entre esas perchas, que guardan gestos inminentes de quien yo era. De ciertos sacos sobresalen brazos con tal determinación que, por momentos, parece que hubieran guardado un pedazo de mis extremidades entre su elegante alpaca.

Fantasmas de jóvenes envueltas en labilidad de telas, en manchas que el placer sabe imprimir en la ropa, en prendas devastadas por el imperio de una pasión urgente que apura los botones y hace saltar los cierres como quien patear puertas.

III

A veces me pruebo estos vestidos para recuperar en la que soy los gestos de la que fui. Hay uno, de orgullosas lentejuelas, trae unos arrumacos tan tiernos que inmediatamente vuelvo a sonreír con mirada de niña, y a sentir en el brazo su mano tomándome con esa firmeza tan viril que ya no temo a nada. Entonces cierro los ojos y le pido que me suelte.

IV

Cierta verdad se juega no tanto en lo que tengo ni en lo que he perdido, sino en lo que he descartado, en lo que ni siquiera he intentado, en aquellos rostros que me saludan anónimos, donde seguramente debió haber estado el que no vi. Quien no fui en ese rostro querido permanecerá en mí como la verdadera constancia de lo que pudo ser.

Mayo, 2014.